



Recibido: 15 de junio, 2025

Aceptado: 7 de julio, 2025

Publicado: 15 de julio, 2025

La filosofía anarcocapitalista en el debate de los fascismos del siglo XXI

Anarcho-capitalist philosophy in the debate on 21st-century fascisms

A filosofía anarcocapitalista no debate sobre os fascismos do século XXI

Carlos Alberto Guerrero Torrentera

E-mail: carlosalbertotorrentera@gmail.com

Orcid: <https://orcid.org/0009-0007-0999-2658>

Institución: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco (México)

Este trabajo está depositado en Zenodo:

DOI: [10.5281/zenodo.15936223](https://doi.org/10.5281/zenodo.15936223)

Cita sugerida (APA, séptima edición)

Guerrero Torreblanca, C. (2025). La filosofía anarcocapitalista en el debate de los fascismos del siglo XXI. *Disenso. Crítica y Reflexión Latinoamericana*. 8(1), pp. 56-71

Resumen

El presente artículo explora la filosofía política libertaria y anarcocapitalista en el marco de las derechas radicalizadas contemporáneas. Encuentra puntos de convergencia con el fascismo clásico, tales como su oposición al marxismo y la construcción de sociodiceas que dramatizan los antagonismos entre protagonistas de una confrontación social en modelos humanos irreconciliables. Un escenario compartido es la narrativa de un mundo en decadencia y crisis, ante el cual se exige la necesidad de la subversión del orden establecido –cultural, económico y político– por medio de la acción directa. Asimismo, el desprecio por la igualdad y por la democracia como régimen y sistema de valores de convivencia. Existen también profundas divergencias. Una es el papel del Estado. El anarcocapitalismo lo

entiende como institución agresora que debe reducirse o desaparecer. Otra, es la relevancia anarcoliberal concedida al individualismo y la propiedad privada generalizada. Se destaca la importancia creciente del anarcocapitalismo en México y América latina, en el aspecto político tradicional y sobre todo como una filosofía persuasiva que circula en discursos y estilos culturales con alta eficacia de comunicación política.

Palabras clave: Filosofía política, anarcocapitalismo, fascismo, sociodiceas, discurso cultural

Abstract

This article explores libertarian and anarcho-capitalist political philosophy within the context of contemporary radicalized right-wing movements. It identifies points of convergence with classical fascism, such as their opposition to Marxism and the construction of sociodicies that dramatize the antagonisms between the protagonists of social confrontation as irreconcilable human models. A shared scenario is the narrative of a world in decline and crisis, which demands the subversion of the established order—cultural, economic, and political—through direct action. Likewise, contempt for equality, and rejection of democracy as both a regime and a system of values for coexistence. There are also profound divergences. One is the role of the state: anarcho-capitalism sees it as an aggressive institution that must be reduced or eliminated. Another is the anarcho-libertarian emphasis on individualism and widespread private property. The growing importance of anarcho-capitalism in Mexico and Latin America is highlighted, both in the traditional political arena and, more notably, as a persuasive philosophy that circulates through discourses and cultural styles with high political communication effectiveness.

Keywords: Political philosophy, anarcho-capitalism, Fascism, sociodicies, cultural discourse

Resumo

Este artigo explora a filosofia política libertária e anarcocapitalista dentro da estrutura dos direitistas radicalizados contemporâneos. Ele encontra pontos de convergência com o fascismo clássico, como sua oposição ao marxismo e a construção de sociodizados que dramatizam os antagonismos entre protagonistas de um confronto social em modelos humanos irreconciliáveis. Um cenário compartilhado é a narrativa de um mundo em decadência e crise, diante do qual se exige a necessidade de subverter a ordem estabelecida – cultural, econômica e política – por meio da ação direta. Da mesma forma, o desprezo pela igualdade e pela democracia como regime e sistema de valores de convivência. Existem também divergências profundas. Um é o papel do Estado. O anarcocapitalismo o entende como uma instituição agressora que deve ser reduzida ou desaparecer. Outra é a relevância anarco-libertária dada ao individualismo e à propriedade privada generalizada. Destaca-se a crescente importância do anarcocapitalismo no México e na América Latina, no aspecto político tradicional e sobretudo como uma filosofia persuasiva que circula em discursos e estilos culturais com alta eficácia de comunicação política.

Palavras-chave: Filosofia política, anarcocapitalismo, fascismo, sociodicia, discurso cultural

I. Introducción

La filosofía libertaria y anarcocapitalista integra el panorama, diversificado y complejo, de las derechas radicalizadas contemporáneas. En conjunto, éstas conocen diferencias regionales, locales y variabilidad contrastada de tradiciones intelectuales, subjetividades políticas y genealogías históricas. Este nutrido panorama incluye, por ejemplo, al neonazismo, neofascismo, paleoconservadurismo y neoconservadurismo, la nouvelle droite o nueva derecha francesa, la alt-right o derecha alternativa, el populismo de derecha, la neorreacción, la alt-lite y la nueva derecha latinoamericana (vinculada con las posiciones libertarias anarcocapitalistas). El crecimiento político y adhesión cultural a estas doctrinas promueve la reflexión en torno a las similitudes y diferencias con el fascismo histórico del siglo XX.

El presente trabajo de investigación examina la filosofía política libertaria y anarcocapitalista, su relación con la democracia y los derechos humanos, indagando semejanzas y diferencias con el fascismo clásico. Las razones de esta elección son varias. A diferencia de otros movimientos abiertamente neonazis o neofascistas (Muntuano, 2017; Álvarez-Benavides y Toscano, 2021; De Gori, 2023), las conexiones del anarcocapitalismo con el fascismo resultan más sutiles, aunque no menos profundas. En contraparte, permite comprender importantes diferencias y no resguardar, bajo el paradigma fascista, toda expresión de las derechas radicalizadas.

Adicionalmente, concurre otro motivo relevante. En América Latina las doctrinas libertarias y anarcocapitalistas –a veces indistinguibles de la llamada nueva derecha, tal como la entiende, por ejemplo, Agustín Laje (2022)– muestran una dinámica actividad en la batalla por la hegemonía política y cultural. La presidencia encabezada por Javier Milei, en Argentina, es parte de un proceso más amplio que recorre Latinoamérica, sin restringirse a la política partidista o electoral. Se derrama en una filosofía persuasiva que circula en discursos y estilos culturales con alta eficacia de comunicación política. Estos discursos culturales incluyen novelas y cuentos, música pop, rock, metal, country y electrónica, películas y cortometrajes, documentales y podcast, prensa digital, libros en papel o digitales y una actividad incesante de personas y grupos en redes sociales. Integra y fortalece visiones del mundo que cruzan en diagonal diferencias de clase social, género y pertenencia étnico-racial.

Metodológicamente, el trabajo se basa en la búsqueda, lectura y análisis de obras filosóficas libertarias y anarcocapitalistas. Por razones de espacio me detengo en tres pilares: Filosofía, ¿quién la necesita?, de Ayn Rand; Por una nueva libertad. Manifiesto libertario, de Murray Rothbard y Entendiendo

correctamente el libertarismo, de Hans-Herman Hoppe. Otras fuentes primarias son obras del fascismo clásico. He utilizado estudios críticos del fascismo y de las derechas radicalizadas contemporáneas. Los materiales han sido interpretados para su análisis y reflexión conceptual, recargados en la filosofía crítica neomarxista, la perspectiva de género y los derechos humanos.

2. El anarcocapitalismo en el debate de los fascismos del siglo XXI

Desde el punto de vista de Robert Paxton, el fascismo se caracteriza por la actuación política preocupada por la decadencia comunitaria y por realizar, en compensación, cultos que fortalezcan la “unidad, energía y pureza, en la que un partido con una base de masas de militantes nacionalistas comprometidos, trabajando en una colaboración incómoda pero eficiente con élites tradicionales abandona las libertades democráticas”, buscando la limpieza interna y expansión externa por medio de la violencia (Paxton, 2019, p. 368).

A estos elementos primordiales, la tradición marxista ha enfatizado la conexión interna entre fascismo y capitalismo. Zetkin (1968) lo entendió como el enemigo más peligroso del proletariado debido a la implantación de la violencia brutal directa y la violencia incrementada en la explotación que reconstruía la economía capitalista. El VII Congreso de la Internacional Comunista, en 1935, definió el fascismo como “la dictadura terrorista abierta de los sectores más agresivos del imperialismo internacional” (Arismendi, 1977, p. 14). Esta conexión interna entre capitalismo y fascismo abrió una vía para analizarlo más allá de sus límites históricos, es decir, de 1919 –con su fundación el 23 de marzo en Milán– a 1945 con la caída del régimen nacionalsocialista ante la Unión Soviética.

En los años sesenta y setenta, Pasolini (2021) observaba el fascismo en Italia no tanto en los jóvenes que se autoadscribían a esta doctrina e incluso optaran por el terrorismo, sino en la modelización antropológica posibilitada por la sociedad de consumo. A través suyo, la mundanidad alegre escondía el fondo de una sociedad egoísta y que impedía ver que era atroz. En el caso de la juventud, sostenía Pasolini, fue tocada por el fascismo de forma externa y escenográfica. En cambio, la sociedad de consumo la atravesaba y reconfiguraba desde el interior. Como proceso de una civilización dictatorial, el fascismo se realizaba, precisamente, por no presentarse como tal ni ser vivido subjetivamente. André Glucksmann (1975) en un enfoque del maoísmo francés, visualizó el fascismo en el estado policial, el racismo dirigido contra los trabajadores inmigrantes del norte de África y, fundamentalmente, en el endurecimiento del

control de la explotación del trabajo en las fábricas, la ruptura de la libertad sindical y la ampliación de la lucha de clases que planteó como una guerra civil global comandada por el capital.

Pero la correlación interna entre la continuidad del fascismo posterior a la Segunda Guerra y el capitalismo se ha pensado en otro marco explicativo. El eje recae en la operatividad de la violencia letal del Estado en las dictaduras militares o cívico-militares, en especial latinoamericanas, las cuales procuraron la imposición de una disciplina social a través del terrorismo de Estado –tortura, persecución, coerción y aniquilación de la disidencia política o la insurgencia político-militar, principalmente de inspiración marxista–. Fierstein (2011) establece un comparativo entre el nacionalsocialismo y la última dictadura militar Argentina. Con una visión análoga se analizó la dictadura chilena (Grisháev y Chiribáev, 1981). Chomsky y Herman (1981) utilizaron esta interconexión para entender la injerencia de Estados Unidos en los países denominados del tercer mundo. El fascismo era un sistema global.

En décadas anteriores no se problematizó el libertarismo comparativamente con el fascismo, aunque tiene sus fundamentos en el primer tercio del siglo XX con la filosofía de Isabel Paterson, Rose Wilder Lane, Ayn Rand y la escuela económica austriaca de Hayek y Mises. En la filosofía política y la teoría social contemporánea se ha vuelto legítimo interrogar los puntos de convergencia y divergencia entre fascismo y anarcocapitalismo. En ello concurren dos elementos: el crecimiento de las derechas radicalizadas en el siglo XXI, en las cuales el anarcocapitalismo tiene un rol significativo. En segundo término, profundizar la vertiente ya abierta por Gramsci en 1921 (1979), interesada en las causas de la adhesión popular al fascismo, sus características conceptuales y bases culturales.

Respecto al crecimiento de las derechas radicalizadas en el siglo XXI, con marcado epicentro en América y Europa, pese a no estar integradas en un marco conceptual, analítico, estratégico u organizativo, comparten algunos rasgos fundamentales: anticomunismo, anticosmopolitismo y antiglobalización, la defensa del capitalismo, de la familia monógama heterosexual, el individualismo y la exaltación patriótica, la xenofobia, la performatividad revolucionaria y antisistémica, su repudio al liberalismo, los feminismos, la diversidad sexual, las identidades trans, la inmigración irrestricta, la multiculturalidad, la democracia popular y la democracia liberal. Se contraponen a las relaciones democráticas de la vida social y al andamiaje fundamental de los derechos humanos. a saber: igualdad, dignidad y no discriminación.

Referente a la centralidad de la cultura, las derechas radicalizadas han intensificado su actividad por una causa singular: lo que denominan su batalla contra el marxismo cultural, el progresismo o cultura woke, donde incardinan el comunismo histórico, el crecimiento del Estado y el gobierno global con agencias internacionales y ONG's, el autoritarismo, la inclusión forzada, políticas favorables a la migración, el multiculturalismo, los programas sociales, el igualitarismo, los feminismos y la diversidad sexual. Su comunicación se presenta anti-sistema, políticamente incorrecta, favorable a la libertad individual, el mercado y el sentido común.

Estos elementos complejos y dinámicos reclaman la atención reflexiva en torno a la vinculación de las derechas radicalizadas y el fascismo histórico. Las respuestas son variadas. Ramírez (2019) refiere la concepción de Atilio Borón, quien sostiene que no existen condiciones históricas para la réplica del fascismo, anclado en estatismo, nacionalismo y la movilización de masas. Su análisis descansa en entender la “hipótesis fascista” desde el ángulo del desarrollo neoliberal no democrático. En un punto de vista próximo, Fassin –señala Ramírez- postula el advenimiento de un momento fascista del neoliberalismo, signado por el racismo, la xenofobia, liderazgos providenciales y apología de la violencia. En tanto, Traverso (en Ramírez, 2019) ocupa el término postfascismo, donde “post” no refiere un “más allá” del fascismo clásico, sino la diferencia en la continuidad: su mutación más relevante es pasar de una base estatal a estar soportado en el mundo financiero.

Ante la primera gestión de Donald Trump en el gobierno de los Estados Unidos, Mouffé (2019), señala que los movimientos de las derechas deberían pensarse fundamentalmente como populistas, más que fascistas, bajo el entendido de buscar una reacción contra las élites y el uso de un lenguaje xenófobo anclado en la soberanía popular. Sin embargo, como demuestra convincentemente Wendling, además de los componentes populistas y neonazis, debe considerarse la relevancia de la derecha alternativa y la neorreacción en los marcos intelectuales, filosóficos y discursos culturales que instrumentaron el acceso al poder político del trumpismo (Wendling, 2023, pp. 17-61).

En este sentido, la relación entre las derechas radicalizadas y el fascismo dependerá no solo de la definición de éste. Asimismo, de las doctrinas y movimientos con las cuales se correlacione. Por ello, considero importante el análisis particularizado. Para objeto del presente trabajo, entender los

fundamentos de la filosofía política libertaria y anarcocapitalista y, a través suyo, ver los puntos de convergencia y divergencia con el fascismo histórico.

3 Bases filosóficas libertarias y anarcocapitalistas

Del amplio conjunto de pensadores libertarios y anarcocapitalistas, me intereso en presentar las bases filosóficas de tres autorías: Ayn Rand (1905-1982), Murray Rothbard (1926-1995) y Hans-Herman Hoppe (1946). Sus obras son clave en la filosofía política de esta doctrina.

Ayn Rand (2009) es quien otorga mayor realce a la actividad filosófica como un sistema global de pensamiento y acción. Debido a que la filosofía confiere una visión general de la vida, no hay alternativa entre tenerla o no. La disyuntiva se localiza en decidir cuál es la filosofía elegida, conocer sus fundamentos y consecuencias. Rand denominó objetivista a su corriente filosófica. Señala que tiene cinco ejes: metafísica, epistemología, ética, política y estética. La metafísica es la rama básica. Descansa en la Ley de la Identidad, según la cual las cosas existen por un conjunto de propiedades independientes del sujeto que les observa o clasifica. En la epistemología, Rand tiene una concepción de la verdad correspondentista (de origen aristotélico), al entenderla como el reconocimiento de la realidad por el pensamiento conceptual.

La base de la ética de Rand es el egoísmo racional. En ello se contraponen puntualmente a Kant. Rand encuentra que el imperativo categórico implica un sacrificio sin beneficiarios, un placer sádico en quebrar el espíritu, el éxito, la autoestima y el disfrute por la vida. El altruismo no es un ideal moral. No debe existir sacrificio –postula– por una persona desconocida: la autohumillación es una trampa filosófica. El ser humano tiene derecho a existir para su propio beneficio. Rand sostiene que la suprema realización de la moral kantiana se llevó a cabo en la Unión Soviética (y en lo que denomina el comunismo sangriento): el autosacrificio, el altruismo y el servicio al otro valieron para empujar a los seres humanos a la muerte en nombre de su propio bien, el de la humanidad, la Historia o el plan quinquenal. El objetivismo descansa en el derecho a existir (egoísmo racional). Al extremo contrario se ubica el comunismo, el altruismo y los campos de trabajo. El colectivismo, para la autora libertaria, no busca la felicidad humana, sino el odio del bien por el bien y el odio al hombre de talento. Para ella, el igualitarismo es una doctrina mala y absurda. La equidad es un sentimentalismo socialista. De acuerdo con Rand, si los humanos son racionales impera la libertad; cuando son libres, gobierna la razón. En política, “la única

solución es un sistema de capitalismo total” (Rand, 2009, p. 76). Es el único poder moral porque, acorde a la autora, es el sistema racional sustentado en la libertad de pensamiento y acción, el crecimiento personal, la creatividad y el amor a la vida. El capitalismo, en su relato, abolió el trabajo esclavo, los campos de concentración y la tortura. No creó la pobreza, sino que la heredó. Es el sistema que más ha conducido a la abundancia material y moral.

La educación pública, reflexiona Rand, promueve la creación de un sistema tribal de intelectuales elitistas: hippies, beatniks, pacifistas, feministas y adherentes a la liberación homosexual. Promueven más el movimiento que la acción: cantan y no dialogan, demandan y no logran, sienten y no piensan, denuncian desconocidos y no persiguen valores, su hoy no tiene mañana. Las bandas tribales son generalmente de izquierda o colectivistas. Esa intelectualidad hegemónica (en universidades y medios de comunicación) es anti-conceptual y se forma con economías mixtas del espíritu: seres “desgarrados interiormente entre emociones tribales y fragmentos dispersos de pensamiento” (Rand, 2009, p. 92). El misticismo está ligado con el estatismo. Los intelectuales han hecho reaparecer el autoritarismo gubernamental. El capitalismo aboga, según Rand, por reconocer que toda vida es irremplazable y sostenida en el deber moral del egoísmo. El estatismo promueve el igualitarismo, el cual supone artificial e irracional. No debe darse “a los estúpidos y perezosos un derecho al disfrute sin ningún esfuerzo, otorgándoles las recompensas que ellos no podrían producir” (Rand, 2009, p. 203).

En 1973, Por una nueva libertad. El manifiesto libertario, de Murray Rothbard, significó una importante clarificación analítica y propositiva para las posiciones libertarias y anarcocapitalistas –de quien es, probablemente, su padre fundador-. En su lectura histórica de la filosofía política, los Estados Unidos tienen un origen libertario. Esto se muestra con los postulados de Adam Smith referentes a la libertad natural –civil y moral-, la independencia política y la libertad de comercio que guio la gesta independentista. Pero esto fue la concreción, según Rothbard, de antiguas ideas liberales que provienen de la Revolución inglesa del siglo XVIII, la filosofía de John Locke y las Cartas de Cato (o Catón) realizadas por John Trenchard y Thomas Gordon. Estas posiciones abogan por separar al Estado de la Iglesia, la economía, la prensa, la tierra y la guerra. En función de proteger la libertad individual, el gobierno es observado con desconfianza y hostilidad. Dentro de esta perspectiva, el poder estatal y gubernamental se concibe como un mal necesario que debe ser limitado por todos los medios posibles. Aunque

Rothbard, en la tradición anarquista, sostiene que todo Estado es criminal y conduce a la servidumbre involuntaria.

En este sentido, Rothbard (2006) parte de tres principios: el axioma de la no agresión contra la persona y la propiedad privada, el reconocimiento de la propiedad privada de sí mismo y el derecho a la propiedad privada obtenida mediante legítima ocupación, transformación o contrato voluntario: “El libertario apoya el derecho a la propiedad privada irrestricta y el libre comercio (...) capitalismo del laissez-faire” (Rothbard, 2006, p. 40). Sin embargo, el ideal libertario y anarcocapitalista se encuentra con un adversario poderoso y fundamental: el Estado. Representa al agresor central: comete asesinatos masivos a través de la guerra o la represión a la subversión; participa en la esclavitud, por ejemplo, con el servicio militar obligatorio y, finalmente, comete robo a través de los impuestos.

En cualquier periodo histórico, señala Rothbard, el Estado es el agresor supremo y ante el cual se carecen de elementos eficaces para controlar su depredación. Recupera las ideas de Franz Oppenheimer, quien refiere que existen dos modos opuestos de obtener riqueza: el medio económico, con intercambio voluntario, la producción y el libre mercado, y el medio político, sustentado en la violencia, el robo y la sistematización predatoria en un área determinada. El Estado genera riqueza con medios políticos. ¿Para quién? La respuesta de Rothbard guía una de las perspectivas recurrentes del anarcocapitalismo: para la élite gobernante compuesta por dos grupos: uno, quienes ocupan los aparatos de Estado (reyes, políticos o burócratas), y otro constituido por receptores de privilegios del Estado. Esto significa que la sociedad se encuentra enfrentada en dos grupos antagónicos: los contribuyentes (pagan impuestos sometidos a servidumbre involuntaria) y quienes viven de los impuestos.

El Estado, en la filosofía política de Rothbard, no se origina en el contrato social, sino en la conquista de una tribu por otra y su saqueo sistemático posterior. La existencia del Estado contraviene los principios anarcocapitalistas: derecho absoluto a la propiedad del cuerpo, a los recursos materiales transformados por el trabajo y al intercambio o adquisición de propiedad de forma voluntaria. Ante ello, Rothbard inquiere: ¿por qué se obedece? Esa es la pregunta cardinal de la filosofía política –ejercicio de la violencia regulada, acorde al pensador norteamericano-. Si bien existen mecanismos y procesos de coerción física y violencia directa, Rothbard, al igual que Rand, piensa en la importancia de los sistemas simbólicos para el ejercicio de poder. Localiza la relevancia de la “clase intelectual” (sacerdotes, científicos o académicos)

para crear consenso de la inevitabilidad de la existencia y necesidad del Estado o, en su defecto, de las bondades y excepcionalidad de sus dirigentes. El Estado requiere a la clase intelectual para un ropaje discursivo y argumental. La intelectualidad requiere al Estado para ganar estatus, poder, prestigio y seguridad económica.

La batalla contra el Estado se dirige, asimismo, contra el colectivismo y el igualitarismo: “El libertario es, obviamente, un individualista, pero no un igualitarista” (Rothbard, 2006, p. 64, subrayado en el original). La única igualdad es el derecho a su persona y a la propiedad privada. El énfasis antiolecolectivista hace suponer a Rothbard que la sociedad no existe. Ésta es una abstracción. Solo existen individuos. Este argumento da pie para exigir la propiedad de objetos no humanos que nace de la interrogante: ¿quién se puede adjudicar la propiedad de los bosques, las montañas, el subsuelo y la tierra no habitada o no transformada por el trabajo? En Rothbard la propiedad deviene legítima a través de la transformación del trabajo individual y siempre se requiere un pedazo de suelo para ello. Así, se volatilizan las relaciones sociales entre individuos, medios y relaciones de producción, estructuras y sistemas socioculturales, las categorías del pensamiento y el lenguaje, las formaciones históricas y las relaciones de poder. En la visión anarcocapitalista el individuo entra en relaciones de cooperación voluntaria y aborrece todo tipo de violencia.

Hans-Herman Hoppe abona al criterio de propiedad de Rothbard. La propiedad privada pertenece a “aquella persona que se apropió primero del recurso en cuestión o en intercambio libre” (Hoppe, 2018, p. 19). Desde su punto de vista es una teoría irrefutable y uno de los logros más significativos en el pensamiento social. Sin embargo, tiene claro que no todas las posiciones lo ven de esta manera. Establece un conjunto de distinciones entre las posiciones de la izquierda y la derecha. Así, ésta reconoce las diferencias y diversidades humanas y las ve naturales. Las diferencias son mentales, cognitivas y de talento. Intervienen factores ambientales, fisiológicos y biológicos. Esto da diferentes resultados: personas con mucha o poca propiedad, ricos y pobres, con mayor o menor estatus, rango y autoridad. Mientras la izquierda piensa las diferencias como producto de relaciones sociales que deben corregirse, la derecha considera que el igualitarismo es una imposición. En ello intervienen el Estado y las élites del poder (empresarios progresistas y academia). En cambio, “el hombre de la calle no cree en la igualdad de todos los hombres. El sentido común y el prejuicio sensato se interponen en su camino” (Hoppe, 2018, p. 26). La izquierda, según Hoppe, deviene hegemónica porque otorga una cobertura intelectual al control

autoritario. Pero la propiedad privada implica discriminación –argumenta el filósofo alemán-, y no puede haber libertarios de izquierda, humanitarios y cosmopolitas.

Así, los marxistas culturales, desde la perspectiva de Hoppe, creen en una sociedad “plana” y “horizontal”, contra cualquier evidencia empírica, y sospechan de todas las formas de jerarquía. Esto genera políticas de Estado que, bajo el paradigma de discriminación positiva, promueve la división social y el victimismo tribal: mujeres, diversidad sexual o migrantes. En un proceso de inversión, Hoppe señala que los victimarios en el discurso progresista son los hombres blancos heterosexuales. Sin embargo, son ellos “los inventores de técnicas y máquinas, modelos de vida y conducta más altos. ¿Entonces la mayoría de las ‘víctimas’ de hoy no deben, literalmente, sus vidas y su vida actual a los logros de sus presuntos ‘victimarios?’” (Hoppe, 2018, p.37). El victimismo fortalece al Estado en dos sentidos: en divide et impera, disgregando las fuerzas sociales en grupos antagónicos. Por otro lado, en volverlos dependientes de ayudas sociales. Las diferencias físicas y mentales producen estratificación y rangos al interior de la sociedad. Pero esta situación se produce también, en la filosofía política de Hoppe, entre sociedades en el contexto global. Los hombres heterosexuales blancos y sus sociedades son más ingeniosas, industriosas y prósperas.

Hoppe considera que el régimen democrático es un proceso de descivilización, lo mismo que la existencia misma del Estado. La democracia aumenta la corrupción, encumbra a los menos escrupulosos y promueve la lealtad de los oprimidos. Como régimen, es una excepción civilizatoria, de disposición intelectual e histórica –posterior a 1918-. Los políticos deberían ser encarcelados o colgados, pues fortalecen la degeneración moral y la corrupción generalizada, trastocando todos los valores. Así, la figura del libertario y anarcocapitalista es descrita como una actividad heroica y minoritaria, anti-sistémica, contracultural y apegada a la ley natural: la propiedad privada del propio cuerpo y del sistema de mercado. Esto implica una actitud sin “corrección política” y “radicalismo intelectual intransigente” (Hoppe, 2018, p. 72).

Hoppe reconoce una agenda compartida con la alt-right: oposición al igualitarismo, al multiculturalismo y la inmigración libre, así como “odio a todo lo que tenga que ver con el marxismo cultural” (Hoppe, 2018, p. 79), reconocimiento de que no solamente se vive y socializa con amor y paz, sino a través de conflictos, odio, esfuerzo y lucha entre individuos y grupos; en reconocer que “la igualdad es una tontería

(y) la jerarquía es esencial”. Hoppe refuerza la idea de la importancia de la unidad cultural –idioma, religión, costumbres y convenciones- en los espacios de interacción. En caso contrario, como es célebre su concepción, deben removerse poblaciones o, al menos, llevar a cabo actitudes que devengan en el ostracismo de personas indeseables y vigilancia hostil contra individuos y grupos culturales que rompen el sistema de homogeneidad idóneo libertario, sobre todo cuando se trata de comunistas, pero también de activistas de la diversidad sexual, el feminismo o la igualdad racial.

Hoppe agrupa tres enemigos del anarcocapitalismo: las élites gobernantes (el Estado profundo o la Catedral, en el lenguaje de Curtis Yarvin), conformadas por militares, servicios secretos, bancos centrales, tribunales supremos, el complejo militar-industrial y líderes bancarios. En segundo lugar, el grupo integrado por intelectuales y educadores. En última instancia, el periodismo que populariza la información estatal. Diez puntos atraviesan la filosofía política de Hoppe: detener la inmigración masiva de los “parásitos del bienestar” (la inmigración debe ser únicamente por invitación y generando beneficios a los residentes). Abandonar la guerra en países extranjeros, ya que fortalece al Estado, promueve la inmigración de los países destruidos y las venganzas culturales. Terminar el financiamiento de las élites gobernantes y sus “guardaespaldas intelectuales”: exhibir sus sueldos, sobornos y beneficios. Terminar con los bancos centrales. Abolir las leyes afirmativas o de discriminación positiva. “Aplastar la mafia antifascista”, en el sentido de que los grupos de izquierda signan como fascista a las derechas libertarias, anarcocapitalistas y de otras doctrinas contrarias al marxismo. En este sentido, “se debe despertar la ira del público y debe haber clamores por todas partes, para que la policía se desate y esta mafia sea aplastada hasta la sumisión” (Hoppe, 2018, p. 94). Someter a la delincuencia. Deshacerse “de todos los parásitos y vagos de la asistencia social”, pues las clases “inferiores” tienen poco control de impulsos, buscan la gratificación inmediata, abusan de las drogas, tienen mayores divorcios, jefaturas femeninas y abuso infantil, “es un desastre antiestético” y deben seguir la máxima bíblica: “el que puede, pero no trabaja, tampoco debe comer” (p. 96). Igualmente, le es prioritario eliminar al Estado de la educación, debido a que se traduce en adoctrinamiento igualitarista de izquierda y corrección política. Finalmente, eliminar la confianza en los partidos políticos y promover que todas las relaciones sean a través del derecho privado y civil.

4 Anarcocapitalismo y fascismo clásico. Puntos de convergencia y divergencia

Agrupadas en sus puntos comunes, la filosofía política libertaria y anarcocapitalista tiene puntos de contacto con el fascismo histórico. En ambos casos, organizan sociodiceas, es decir, “estructuras retóricas que posibilitan, mediatizan, configuran, enmarcan, explican y motivan relaciones de poder (las cuales) configuran escenarios míticos con la dramatización de los antagonismos entre protagonistas y nuevos héroes culturales” (Guerrero Torrentera, 2022). Esto implica la configuración de modelos antropológicos y una filosofía como integradora de la subjetividad y las relaciones sociales.

Un escenario compartido en las sociodiceas fascistas y anarcocapitalistas es la narrativa de un mundo en decadencia y crisis, ante el cual se exige la necesidad de la subversión del orden establecido –cultural, económico y político- por medio de la acción directa. Asimismo, la confrontación contra el marxismo pues disgrega la unidad cultural y nacional en la confrontación de clases, la socialización de la propiedad de los medios de producción y disuelve el nacionalismo en un sujeto universal. Convergen en el desprecio por la igualdad y la dignidad humanas, la democracia como régimen y como sistema de valores de convivencia. Lo cual no excluye que sus batallas –militares o culturales- sean interpretadas filosóficamente como un despliegue del espíritu contra el materialismo, la inmediatez de la vida carente de principios superiores, la supremacía de la rectitud sobre el dispendio moral y su alineamiento con valores transhistóricos.

Sin embargo, existen también profundas divergencias. Por razón de espacio me limito a dos: el papel del Estado y el lugar del individualismo y la propiedad privada generalizada. Son éstas, a mi parecer, las que vuelven profundamente persuasivas las posiciones libertarias y anarcocapitalistas en las sociedades latinoamericanas contemporáneas.

Mussolini plantea que la única libertad es la del individuo en el Estado, pues “todo está en el Estado, y nada humano ni espiritual ha existido y a fortiori nada tiene valor fuera del Estado” (Mussolini, s/f, p. 11), pues incluso éste crea a la Nación y al derecho. Schmitt (1985), uno de los juristas más relevantes del nacionalsocialismo, entiende que el Estado puede manifestarse agnóstico, relativista o mínimo. Esto toma matices de tolerancia pasiva y un Estado despolitizado. En sentido inverso, el Estado moral es activo, incluyendo la guerra total contra sus enemigos internos y externos. En la posición reseñada de Rothbard y Hoppe, el Estado es una institución agresora, esclavista y que debe ser reducido a su expresión mínima (minarquía) o desaparecer. En cuanto al individualismo, el fascismo lo consideró un valor decadente del

liberalismo. El anarcocapitalismo lo inviste heroico en la sociodicea de su filosofía política. Acompañado, como fue expuesto, del derecho irrestricto de la propiedad privada.

Estos fantasmas ideológicos –antiestatismo y propiedad privada como concreción del individualismo y el egoísmo racional- se traducen en discursos culturales y comunicación política efectiva: protesta o negativa de pagar impuestos y financiar políticas públicas y sistemas educativos progresistas. Acompaña una crítica contra la larga tradición de corrupción y violencia institucional. Se presenta como resistencia desde el entorno personal y familiar. Localiza en el Estado la irradiación del marxismo cultural y coloca al individuo como una posición alternativa y resistente a los procesos de dominación pública, académica y de los medios de comunicación.

5 Palabras finales

Existen puntos de convergencia entre el fascismo clásico y la filosofía política libertaria y anarcocapitalista. Algunos de sus elementos clave descansan en la suposición de la desigualdad humana como un hecho natural, el reconocimiento de la supremacía y la jerarquía (sobretudo masculina y heterosexual), el rechazo a la multiculturalidad, la espiritualización de la política como fantasma ideológico de la violencia brutal, la construcción de la alteridad como enemigo a destruir, la defensa del capitalismo y la oposición frontal al marxismo. Esto, organizado en un relato mítico y dramatizado que denomino sociodiceas.

Sin embargo, estos aspectos compartidos se difuminan en dos posturas que distancian radicalmente el anarcocapitalismo del fascismo clásico: su oposición frontal al Estado y, en contraparte, la exaltación del individualismo acompañado del anhelo de la propiedad privada generalizada. Estos discursos permiten que la filosofía política libertaria y anarcocapitalista circule en múltiples discursos culturales: narraciones, canciones, producciones filmicas y contenidos de no ficción en redes sociales. Con este recursos masivo y persistente, se traducen los conceptos filosóficos con imágenes y frases sintéticas en contra del comunismo histórico o imaginado, del modelo de la lucha de clases que se visualiza llevado al género en los movimientos feministas y de la diversidad sexual, en la exclusión multicultural o la remoción simbólica de poblaciones en la postura crítica de la “inclusión forzada”, en la autorrepresentación del sujeto libertario como aquel que rompe la imposición de lo políticamente correcto en función de hablar con la verdad y el sentido común.

La difusión de la filosofía anarcocapitalista puede llegar a expresarse como un sistema de representaciones con el cual interpretar la realidad –o crearla a través de mecanismos de representación simbólica– antes de volver efectivas sus políticas en la conducción del Estado. En México gobierna un sistema posneoliberal con altos niveles de aprobación –el presidente López Obrador (2018-2024) alcanzó el 82% y la presidenta actual, Sheinbaum Pardo, mantiene altos niveles-. En México el fascismo y el neofascismo carecen de arraigo popular. Sin embargo, aun careciendo de una expresión en el panorama electoral, en México el anarcoliberalismo se convierte, paulatinamente, en una visión del mundo consistentemente compartida. Integra, en un lenguaje homogéneo, concepciones culturales previamente elaboradas y otras narrativas de reciente formación que inciden en las representaciones en torno al desafío de la vida democrática, por ejemplo, señalando repudio a la población migrante latinoamericana, a la diversidad sexual, los feminismos llamados radicales y los programas sociales. Asimismo, convergen en una marcada oposición al discurso de los derechos humanos bajo la idea de que promueven la protección de la delincuencia y el crimen organizado. En este sentido, además del análisis de las derechas radicalizadas, es importante reflexionar críticamente cuáles son las opciones que la izquierda propone, tal como ya Zetkin lo pensó en 1923 o, como ella lo expresara, cuál es la filosofía que se propone en contraparte. Esto, porque, en el caso del anarcocapitalismo y la nueva derecha latinoamericana, parecen generar significantes universales en las cuales las subjetividades políticas recalcan paulatinamente.

Referencias

- Álvarez-Benavides, A. y E. Toscano (2021). Investigar la extrema derecha del siglo XXI: características, significados, actores y enemigos. Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales, 21(2), p 2102.
- Arismendi, R. (1977). El VII Congreso de la IC y el fascismo en América Latina hoy. Editorial Progreso. Moscú.
- Chomsky, N. y E. Herman (1981). Washington y el fascismo en el tercer mundo. Siglo XXI, México.
- De Gori, E. (2023). Orden, fractura e identidad: “Súper” Giorgia contra el lobby progresista. En La Derecha reforzada: la Italia de Meloni. Camillo Robertin, et al. (coordinación). Sans Soleil Ediciones. Argentina
- Fierstein, D. (2011). El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina. Fondo de Cultura Económica, México.

- Guerrero Torrentera, C.A. (2022). Sociodiceas en red: psico, bio y necropolíticas, discursos culturales en la sociedad digital. Cuicuilco, Revista en Ciencias Antropológicas, ENAH. México.
- Glucksmann, A. (1975). El viejo y el nuevo fascismo. Era. México.
- Gramsci, A. (1979). Italia y España. En Sobre el fascismo. Ediciones Era, México.
- Grisháev. P. y S. Chiribáev. (1980). Chile “legisla” el fascismo. Editorial Progreso. Moscú.
- Hoppe, H-H. (2018). Entendiendo correctamente el libertarismo, Grito Sagrado. Buenos Aires.
- Laje, A. (2022). La batalla cultural. HarpenCollins. Ciudad de México.
- Mantuano, D. (2017). La Europa neonazi. L.D. Books. México.
- Mouffe, C. (2019). Herederos de la globalización neoliberal. En Neofascismo: de Trump a la extrema derecha europea. Pedro Brieger, [et al.]; compilado por Luciana Rabinovich. Libro digital, EPUB. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Mussolini, B. (s/f). El fascismo. Biblioteca de Formación Doctrinaria. México.
- Pasolini, P.P. (2021). El fascismo de los antifascistas. Galaxia Gutenberg. Barcelona.
- Paxton, R. (2019). Anatomía del fascismo. Capitán Swing. Madrid.
- Ramírez Gallegos, F. (2020). La pendiente neoliberal: ¿neo-fascismo, postfascismo, autoritarismo libertario?. En Neofascismo. La bestia neoliberal, Adoración Guamán, Alfons Aragoneses y Sebastián Martín (dirs.). Siglo XXI. Madrid.
- Rand, A. (2009). Filosofía, ¿quién la necesita? Grito Sagrado. Buenos Aires.
- Rothbard, M. (2006). Por una nueva libertad. Manifiesto libertario. Grito Sagrado. Buenos Aires.
- Schmitt, C. (1985). La dictadura. Alianza Editorial, Madrid.
- Wendling, Mike (2023). Alt-Right: la derecha alternativa. De 4chan a la Casa Blanca. Machado Libros, Madrid.
- Zetkin, C. (1968). El fascismo. En Recuerdos sobre Lenin. Grijalbo. Ciudad de México.